

CURIOSIDADES DONOSTIARRAS



LA FOTOGRAFÍA

«Todo el mundo fotógrafo» anuncia un día sí y otro también la plana cuarta del cuarto poder del Estado.

La verdad es que hoy nadie se libra del repentino efecto del objetivo.

Existió hasta hace algunos años por parte de cierta clase grave, poco amiga de alterar usos y costumbres, determinada aversión hacia la cámara obscura, y esta manifestación no fué únicamente local.

En otra ocasión exponíamos la razón del respetable parecer de aquéllos honorables caballeros.

En estas líneas no vamos á ocuparnos del sorprendente descubrimiento físico-químico de Daguerre y de Niepce, etc., bajo su punto de vista científico; nada de eso. Solo vamos á recordar cuándo fué conocido en esta ciudad, cuáles fueron sus primeros trabajos y quiénes contribuyeron á su desarrollo.

El primer gabinete fotográfico que se estableció en San Sebastián se dió á conocer en la calle Iñigo, y para más señas, en la casa de don José Miguel de Aristizabal.

Esto ocurría á mediados del siglo que acaba de dejarnos. El nombre del fotógrafo, de nacionalidad francesa, no nos ha sido posible averiguar.

Las primeras producciones de este nuevo taller se expusieron frente al atrio de San Vicente, y en el portal de la misma casa de la calle de Iñigo, además de otra vitrina que también se colocó frente al atrio de la iglesia matriz de Santa Maria, en el ángulo que mirando al templo, existe á la derecha.

En nuestra colección de antigüedades donostiarras conservamos un daguerreotipo interesantísimo de aquélla época, retrato del distinguido

caballero don José Vicente de Echagaray, benemérito donostiarra y eminente poeta que interpretó con fidelidad y carácter purísimo la vida de esta ciudad.

Este taller trabajó ocho ó nueve años y en sus últimos días vino la guerra de Africa; con este motivo el fotógrafo hizo su agosto, pues no hubo tercio donostiarra ó guipuzcoano que como consecuencia de su partida al moro, no dejara á la familia su retrato hecho en la calle de la *Baca*.

De entonces datan en San Sebastián las primeras positivas en cristal y en hule.

Por los años 1857 se abrió en el barrio de San Martín bajo, la fotografía de Mr. Vivant y puede decirse que este fué un gran paso, pues inauguró su taller con todos los elementos recientes.

La casa donde se estableció tan importante estudio era de la propiedad del muy conocido maestro carpintero señor Alquiza.

Con los últimos adelantos que Mr. Vivant introdujo en esta ciudad, se hicieron trabajos que llamaron justa atención; conocemos algunas placas cuyo contenido despierta inmensa curiosidad é íntimo cariño, pues representan cosas de San Sebastián que fueron y que no han de volver jamás de los jamases.

Después abrieron otro taller fotográfico en la subida del Castillo, por el lado del muelle, los Sres. Aizpurua é Iturrioz, este último padre de nuestro amigo el pintor don Juan.

Por los años 1859 á 1863 vinieron á esta ciudad diversos fotógrafos ambulantes, que casi siempre se establecían en el barrio de Santa Catalina.

Uno de aquéllos *fotógrafos de calle* (*kale gañekos*, como diría Serafin Baroja) impresionó una serie de clichés con detalles de murallas, cubos y demás fragmentos de aquellas cosas que se tiraron, cuya interesantísima colección guardamos con amor rayano en veneración y que no vamos á enumerar por no molestar al lector.

En 1862 se abrió en la calle del Pozo, el taller de Valentín Marín, hijo de Pamplona, al cual se asoció más tarde Hermenegildo Otero, y aquí tenemos ya al fotógrafo donostiarra que aún vive, (y así viva mil años más), quedándose este, más tarde, único dueño del acreditado gabinete.

Durante la guerra franco-prusiana, llegó á San Sebastián un alemán desertor, fotógrafo de profesión, y, protegido por Diego Campión,

levantó en el campo de maniobras (hoy Alderdi- Eder) una barraca, en donde trabajó con buen éxito.

Por los años 1871 se abrió en la Alameda el estudio del fotógrafo San Juan. Debe recordarse su apreciable taller con marcada simpatía, por haberse retratado en él por última vez, en 1880, el bardo inmortal Iparraguirre.

Por los años 1863 se estaba efectuando el derribo de las murallas y un grupo de entusiastas donostiarras, en el que se contaban Maximino Aguirre y Joaquín Jamar, se acercaron a Hermenegildo Otero, exclamando:

—Aquí venimos, amigo Otero, con un gran proyecto.

—Vosotros diréis.

—Pues nada; ya ves que las murallas se van, el aspecto presente de San Sebastián desaparece sin remedio, y sería lamentable que nos quedáramos sin un recuerdo, aunque no sea más que el de *Puerta de Tierra*. Seguros estamos que si tú, querido Otero, fotografías *el portal*, venderás un sin fin de ejemplares.

Al día siguiente, Otero enfoca con todo empeño *Puerta de Tierra* desde el puesto de carabineros, y consigue una placa superior.

Presentó el trabajo primorosamente hecho, y..... efectivamente, no se vendió ni un ejemplar.

Conste, pues, que los tres ó cuatro ejemplares que hoy existen son regalos del autor.

Durante más de treinta y seis años, Otero ha sido nuestro querido fotógrafo; por delante de su cámara obscura han desfilado todos los donostiarras de pura sangre: echeko andres, jaunchos, echeko jaunak, arrantzales, baserris, las familias más distinguidas del San Sebastián bascongado; en sus placas recogió los últimos recuerdos de aquel característico y feliz DONOSTIA, desde el cubo de San Felipe hasta el anterior puente de Santa Catalina.

En los días de la última guerra carlista por el estudio de Otero pasaron, los Blanco, los Loma, los Barcaiztegui, los Moriones, los Olazábal, los Trillo, los Aurrecoechea, los Arana, los Arnao, desde el general en jefe hasta el heroico miquelete, hasta el bravo soldado y el cuerpo de voluntarios.

A los pocos días de haberse fotografiado el general Barcaiztegui, fué muerto este ilustre marino por una granada carlista.

Aficionados fotógrafos muy notables fueron en esta ciudad el comandante de Marina don José Rodrigo y don José Brunet.

En un artículo de esta índole prescindir de estos dos nombres, sería imperdonable.

El primero cultivó con verdadero afán su afición favorita; supo escoger los asuntos con un gusto artístico depuradísimo, y hoy, sus trabajos, conocidos por personas contadas, son verdaderas páginas históricas del San Sebastián que dejó de existir.

Pepe Brunet fué también un verdadero *amateur*; alcanzó un período mucho más perfeccionado que el anterior, y reunió una colección numerosa de muy variados é interesantes recuerdos de esta localidad.

Entre otros donostiarras, cuyos nombres sentimos no conocer, consignamos el nombre del farmacéutico don José Irastorza, que con sus conocimientos químicos, contribuyó al desarrollo de la fotografía.

He ahí, pues, escuetamente expuestos, los orígenes de la fotografía donostiarra.

FRANCISCO LÓPEZ ALÉN.

L A Y D A



Layda era una joven pescadora de Mundaca, de cabellos rubios, ojos de primavera, rosada boca y blanquísima tez. La naturaleza, que la había dotado de todas estas gracias, la concedió también una voz tan tierna y expresiva, que cuando la soltaba al viento, era escuchada por todas las doncellas y jóvenes y ancianos de la antigua puebla. Layda poseía una frágil barquilla, con la cual, en las grandes mareas se trasladaba á los arrecifes de la isla de Izaro, de los que arrancaba buena cosecha de percebes; al Cabo de Ogoño, de cuyas peñas descendía lapas, ó á la Ensenada de Canala, en cuyas arenas socavadas con diestra mano, recogía almejas ó tal cual ostra adherida á movedizos trozos de cocida tierra. Cuando la hermosa pescadora veía recompensados su inteligencia y afanes y el blando céfiro henchía la vela de su barquilla, tornaba á su hogar entonando los más tiernos cantares que jamás oyeran aquellas silenciosas orillas.

Entre los antiguos zortzikos que todavía se conservan en Bizcaya, hay uno cuya letra es tan sencilla como delicada. Una pobre pescado-